

De la entropía a la hipertropía

Gustavo F. J. Cirigliano

1. El hombre argentino

¿Cómo describir su identidad? ¿O siquiera su modo de manifestarse de hoy? ¿Cómo referirse a él? ¿Cómo encontrarle cierta constancia que pueda presumir de esencia?

Parecería recomendable hacerlo partiendo de la consideración de su proyecto existencial, que nos diría algo de su futuro y tal vez bastante de su presente. Quizá querríamos ver al hombre argentino como un sujeto plural –integrando un pueblo– que en su proyecto de vida anticipa la historia que se propone vivir. Ese anticipo ya define una cierta identidad. Ser sujeto de una historia es asimismo la medida de la voluntad de un sujeto. Voluntad y proyecto se reclaman y pertenecen. Algo es proyecto porque es querido. Y sólo la voluntad hace que una propuesta sea un proyecto.

Pero, mientras tanto, ¿cómo es el hombre argentino en esta década del '80? Algunos juzgarán exagerado afirmar que el hombre argentino nace hoy en situación de esclavitud, con una vida de antemano trazada, con un destino preescrito, condenado a una deuda que lo sitúa, lo enmarca, lo encierra y le construye una esencia; una deuda que el pueblo argentino en su mayoría no contrajo pero que igualmente lo precede y determina: *somos deuda*; deuda transferida por otros pero, como una sombra, no abandona al argentino y le compromete tanto su presente como el futuro que no puede proponerse. De esclavo es la condición –lo dijo Platón– de quien no decide su vida sino que ya la encuentra decidida. Ni siquiera el argentino decide su sometimiento. El imperio recordó recientemente que él decide quienes son sus asociados y sometidos.

Ese hombre atado a otro, ligado a un proyecto y decisión ajena, limitado en su elección, está –aun cuando parezca simplificador decirlo– rebajado por la imposibilidad, es más no ser que ser, es más muerte que vida. Es –central y radicalmente– imposibilidad de elegirse una existencia. La dependencia es la imposibilidad de diferenciarse.

¿Se conforma el argentino con ese no-ser? O partiendo de esa realidad fáctica ¿le otorga algún sentido, bucea en una realidad más profunda y direccional, y mediante una valoración logra que el hecho signifique algo? ¿Puede afirmarse que el argentino no acepta no ser, quiere ser libre, quiere construirse un destino? ¿O es mucha pretensión para quien –platónicamente– acostumbró creer que la verdadera realidad estaba en otro lado y que él vivía de reflejo, de prestado?

Suponemos que el argentino quiere vivir, ser, tener destino. Ser proyecto, ser anticipo de sí. Quien es objeto de la ambición ajena no es libre, pero tampoco lo es el opresor, aunque sea un imperio, porque no se puede ser libre y opresor.

Vida, ser, destino o proyecto. Todo ello es visto como una inmensa fuerza que no quiere morir y que recorre diversos momentos precisamente para no desaparecer cuando precisamente parece morirse.

La vida es más que biología. Permítasenos el *supuesto*: el valor que privilegiamos es la vida o mejor la *continuidad* (sea ser, vida orgánica, existencia o proyecto), el ansia de continuarse, la fuerza que se abre paso y se sigue reproduciendo. La ley es la esperanza de que la vida como proceso de continuidad no muera. El fenómeno central es la vida que es más que (el) ser. Es continuarse, reproducirse, extenderse, no cesar, darse, llevar más adelante un cierto tirón direccional. Vida es ser “padre” de alguien (hecho que repite a su modo al Padre quien más que omnipotente es omnidonante). Esa legalidad marca que es preferible todo lo que dé más vida. Es indeseable en cambio lo que la destruya, lo que impida el continuar, el repetir diferenciado.

El segundo *supuesto* que deriva del anterior (de la continuidad) es que el eje de la continuidad pasa por la trama o enlace *padre e hijo*. Padre-hijo es –si así puede decirse– fundamento último, componente constitutivo de la realidad. En y entre ellos dos transcurre el núcleo de toda vida, entendida no como “moverse a sí mismo” sino como continuidad, reproducción, dirección. El hijo es el proyecto del padre. Ser padre no es más que un prototipo de entrega (quizá esto resulte más visualizable en la “madre” mujer que en el padre-varón). Marca a la vez una regla de la evolución: el hijo devendrá padre, el receptor se tornará dador. Dar vida. La vida es dar. Dar la vida.

La existencia elegida y vivida por uno es un triunfo sobre el no ser, sobre la muerte, sobre el no continuarse. Es participación en la tarea de construir inmortalidad. Todo proyecto de ser hombre, de realizarse como hombre es una apuesta a la inmortalidad, es ya inmortalidad. ¿Es el argentino ansia de inmortalidad?

2. Tres niveles

Ese hombre que quiere vencer al no ser, triunfar sobre la muerte, liberarse, cuando actúa manifiesta conductas y acciones de diferenciables características que unas veces se oponen y enfrentan, otras coexisten relativamente integradas, y en ocasiones buscan superarse una en la otra. Tales conductas humanas las suponemos organizadas en torno de tres principios o núcleos aglutinantes. El principio del *recibir* (de ser engendrado, del egocentrismo, del vivir y morir), el principio del *dar para recibir* (de la nutrición y la conservación, del intercambio y la compensación, del control del medio ambiente y del acuerdo) y el tercer principio del *dar* (del engendrar, dar vida, de la purificación, de la resurrección). Sobre la base de tales principios (tener, ser, dar) se agrupan –hipótesis– conductas en tres niveles:

El primer nivel es el del impulso vital o del deseo, o de lo natural. El orbe de la pasión, la sensación (o la sensibilidad, según sea el enfoque), el reino de

lo biológico, de lo corporal, orgánico, de lo instintivo y de las tendencias, de las necesidades y la búsqueda urgida de satisfacciones; el mundo de lo inconsciente, de lo reprimido y del pensar prelógico, de las emociones y su expresión, del símbolo y la intuición, de la creatividad y la curiosidad, de las conductas de adaptación y ajuste a las interacciones con los otros. Ámbito de la fantasía y de la imaginación, de las fuerzas oscuras y misteriosas, del “tarro de la basura” según algunos, del ímpetu y del egocentrismo, de la energía creadora, de la fuerza capaz de animar la idea, del poder que se impone y del conflicto, de la competitividad y de la apropiación de lo exterior. (¿Es este nivel ilustrable o sugerible por un texto que diga: “Fiebre de pasiones maldecidas que uno trae desde otras vidas y las sufre hasta morir”? E. S. Discépolo: Martirio, 1940).

El segundo nivel es el de la racionalidad. O de la realidad explicada. Es la dimensión del pensamiento lógico y de la vida consciente, de la información y del lenguaje objetivable, de la comunicación intelectual y del discurso razonado y fundado, del dominio de la realidad a través de la acción y del saber, de la actuación sobre la realidad que es el trabajo. El reino de la racionalidad pretende clarificar el oscuro mundo de los impulsos e introducir un orden racional (o descubrirlo) en el universo. Es el mundo del cálculo y de lo pragmático, de la previsión y de la conveniencia, del conocimiento científico que busca reproducir o construir la racionalidad (supuesta o no) de la realidad que afronta. Es el ámbito de las relaciones sociales, del intercambio, de la producción y de la técnica, de las instituciones contractuales y del enfrentamiento de los puntos de vista y asimismo de los intereses reconocidos, del posibilismo y del realismo. (Un reflejo de este nivel quizá pueda encontrarse en aquel gesto pactado y razonable de “¿Te acuerdas? hace justo un año nos separamos sin un llanto. Ninguna escena, ningún daño. Simplemente fue un adiós inteligente de los dos...” Cadícamo-Tinelli: Por la vuelta, 1936).

El tercer nivel es el del compromiso y del testimonio. O de la entrega. Es el reino de la persona, de la libertad y del proyecto existencial, de la captación y realización de los valores, el mundo de la disponibilidad, del vacío, del desierto, de

la kenosis (anonadamiento), de la entrega o donación. El mundo de la analogía y la parábola, de la metáfora y del ejemplo, del deber y la norma, de la realización personal y de la creación a través del arte, de la existencia y de la moral, de la conversión de las creencias en conductas, del jugarse la vida por lo que se cree, del hacer el proyecto con la propia vida como materia de la existencia, el mundo de los sentimientos y del conflicto moral, de lo sagrado y la paradoja, del silencio, la oración, la contemplación, el "abandono" (el wu-wei). Es también el reino de la filosofía y de la religión, de lo heroico, del sentido final del mundo y de la vida, de las visiones del profeta, del mito, de la sabiduría y la intuición mística, de la espiritualidad y la unión con la trascendencia, de la comunión auténtica con los otros y con Dios. De la sobreconciencia, del Misterio, del milagro, del amor.

(La búsqueda de la nueva luz, más allá de la razón, puede ilustrarse en una voluntad que: "No quiero que tu rayo me encieguezca entre el horror porque preciso luz para seguir... No quiero abandonarte, yo, demuestra una vez sola que el traidor no vive impune, Dios, para seguirte. Enséñame una flor que haya nacido del esfuerzo de seguirte, Dios, para no odiar al mundo que me desprecia porque no aprendo a robar". E.S. Discépolo: Tormenta, 1939).

¿Por qué las tres esferas o niveles?

Si alguien reclama antecedentes o busca semejanzas, de antiguo vienen el infierno, la tierra y el cielo. Sensación/memoria, intelecto y voluntad (Aristóteles y tomismo), cuerpo, alma y espíritu (San Pablo y apócrifos), Sensibilidad, razón pura y razón práctica (Kant); ello, yo y superyó (Freud); biosfera, noosfera y sobrevida (T. de Chardin), para cerrar digamos que cada nivel tiene su modo de conocer, su verdad, su lenguaje, su discurso.

3. La entropía en la materia y en la vida

La realidad, la más material, la del mundo natural incluida en lo que hemos caracterizado como el nivel 1) manifiesta tendencia a la entropía. Tiende a

desorganizarse, a la indiferenciación, a perder su forma (su gestalt), a la pérdida de identidad, a tornar a lo informe, a quedarse sin configuración, a indiferenciarse con el medio: entropía es homogeneidad, equilibrio, negación de lo distinto, disolución.

Los cuatro elementos “materiales” que los griegos estatuyeron como principios últimos lo son por su carácter entropizante, producen indiferenciación, todo lo reducen a sí mismos; absorbedores e igualadores son el aire, agua, tierra y fuego. Esta preferencia por lo entropizante, ¿es debida a la negación originaria de la diferencia que se da en el pensamiento griego?

El mundo inanimado marcha hacia un caos homogeneizador. Pero la continuidad puja por perdurar. La vida orgánica, nuevo momento del continuarse, constituye o se postula como una superación de la entropía. El ser vivo es tal porque anda en busca de una configuración, es intento por organizarse de otro modo, es heterogeneidad, diferenciación, complejidad. La vida orgánica supera la tendencia a la indiferenciación material, pero finalmente ella misma sucumbe a la entropía: la muerte desorganiza. La vida inicialmente estructuradora y negadora de la entropía, cede. ¿Concibió Bergson en su libro *La Evolución Creadora* a la vida como un proceso neguentrópico?

La vida orgánica surge como neguentrópica. El cáncer muestra que convierte a todo en lo mismo, destruyendo la organización y la diferenciación. ¿Es la vida psíquica entrópica?

El sueño, propio del nivel 1, es a la vez desorganización y afán permanente de organizarse. (Quizá no sea visto así por los Senoi o los analistas siendo para los primeros una posibilidad de aprender nuevas conductas y para los segundos un campo de interpretación de un lenguaje).

La energía vital sucumbe; la muerte lo demuestra, la muerte cruel e indiferenciadora todo lo reduce a polvo, a lo inanimado.

(El aceite no entropiza ni se deja asimilar, ¿será por ello que cura la vida orgánica? ¿Es curar reconstruir formas, diferenciar?).

La continuidad puja por perdurar, por vencer a la entropía que de ella misma surge. ¿Cómo perdurar, organizar, diferenciar, cómo superar la entropía? Por evolución a través de la complejidad en un nuevo ser.

La diferencia reaparece como diferencia en otro nivel para seguir afirmando la vida-continuidad. Lo que no se resuelve en el propio nivel la vida-continuidad lo resuelve en el otro que genera. Superar una situación entrópica o desorganizante en el nivel 1 es remitir y originar el nivel 2. La continuidad vence a la entropía generando nuevas formas de vida.

El nivel 1 de la vida orgánica origina un proyecto desde sí: la razón organizadora. (Se puede anticipar que el “proyecto” substancia del nivel 3 empieza a atraer hacia sí los “fracasos” del nivel 1).

En el proceso de la vida-continuidad hay más de una energía, una para actuar en el nivel en que se está y otra para llevar hacia lo que aún no existe. ¿Llegan a coincidir en esto Florentino Ameghino y Teilhard de Chardin? Algún día debieran compararse sus enfoques evolucionistas y descubrir tal vez coincidencias.

Anticipándonos al nivel 2 es hallable un rasgo entropizante en el conocer científico: toda teoría importada (sea Piaget o Popper) que se aplique a una realidad argentina o latinoamericana, iguala a esta realidad con la teoría, la iguala a sí, la desdiferencia. Barre de antemano la diferencia, la omite, cuando no la condena por indigna.

Una psicología nacional habrá de hurgar en los 300 años del Proyecto Colonial, en la anarquía dentro del Proyecto Independentista y en particular en el grotesco del P'80. Quienes busquen construir una “psicología nacional”

–intento válido y valioso– descubrirán que es posible hacerlo indagando en las patologías que pone en acción el grotesco (de Armando Discépolo: El organito, Mateo, Babilonia, Stéfano). La fuente de patologías y traumas puede beberse en la monstruosa y trágica presencia del “padre” en el grotesco y en su no menos extraña *ausencia* en las letras del tango. Mirádonos ahí quizá entenderíamos muchas cosas los argentinos de hoy, intolerantes de nosotros mismos y rechazantes de lo inocultablemente nuestro, enfrentando el origen cruel y descarnado de conflictos.

El inmigrante y su familia (no se entenderá bien el grotesco sin un enfoque psicológico familiar). No se abandona sin traición al país de origen ni se aborda sin crueldad y cinismo un país desconocido y riesgoso. El grotesco resulta una radiografía de la entropía argentina. A la que se añade el “inconciente” (lo reprimido originario) argentino de la vida colonial.

¿Con qué se pretendió superar la entropía de la vida argentina? (“Todo es igual, nada es mejor” describe la desdiferenciación). Con alguna razón organizadora, supondría uno.

4. La razón como neguentropía

Si el nivel 1 del deseo concita entropía, el nivel 2 de la razón y del yo conciente se postula como organizador. Organizador tanto de la realidad humana cuanto de la información y el saber. Por tanto, neguentrópico; surge para negar la indiferenciación. Lo racional, lo lógico, la información organizante, la realidad inteligible y explicada pretenden superar la entropía de la vida orgánica. La continuidad, para superar una situación regresiva, genera una nueva forma de vida; en este caso gracias al poder organizacional de la información.

La neguentropía reorganiza y a la par conserva. La razón introduce una nueva gestalt configurante. Aunque luego la razón, entronizada en ley absoluta, hecha fetiche, deja de ser lo que es (un instrumento), se idoliza buscando la

universalidad que iguala y desdiferencia. ¿Un nuevo fracaso? La razón convertida en norma única de la continuidad se substantiva e impide la misma continuidad. Dejando de ser puente, es obstáculo. Los puentes son para transitar por ellos no para vivir en ellos.

A fuerza de universalidad, puede impedir ser sin guiar y diluir las configuraciones y diferencias posibles. La razón igualizante desdibuja, fija, frustra, decepciona. Anula el conflicto. Cristaliza. Disuelve los opuestos. Si la razón regla toda la realidad, la fija y la retiene en un punto como el amaestrador que frágilmente sostiene a un perro sobre un alambre, sólo para evitar que no caiga.

Cuando la realidad humana llega a coincidir con el pensamiento hay nueva indiferenciación entre ambos, o sea la entropía reaparece. Si fracasa, la razón se hastía y se inmoviliza a sí misma, se fija.

También entonces el reino de la razón llega a una situación de desorden, en especial cuando la razón justifica ("racionaliza"), sin compromiso con valores, pactos y acuerdos que sólo cobijan intereses. (Habitualmente "la razón la tiene el de más guita" porque "no hay ninguna verdad que se resista frente a diez mangos moneda nacional"; E.S. Discépolo: Qué vachaché, 1926).

Las limitaciones del mundo de la razón y de la realidad social demandan una nueva organización sobre algo más que el acuerdo, la negociación, la explicación y los argumentos. La neguentropía de la razón termina conservando, desdiferencia, detiene el proceso, inmoviliza, equilibra, fija, compensa. La conservación hastía. (La posmodernidad es el hastío de la razón) (y la flojera de la voluntad) (cuando no la justificación del dominio del nivel 1).

Ni la explicación racional ni la acción realista superan la parálisis y el punto muerto. Falta algo. La inmovilidad es fracaso. Desde algún lugar el desequilibrio de la continuidad reclama.

¿Cómo se supera ese fracaso de lo fijante, inmovilizante, imposibilitante? El nivel 2 origina desde sí un proyecto: el “valor” como reorganizador. El pensamiento no logra dar el salto. (“No pensar ni equivocado, para qué, si igual se vive”, Gorrindo-Grela: Las cuarenta). Le falta espíritu, fuerza para continuar y transformar. Tampoco el hastío de la razón se supera regresando al nivel 1 y dando por concluida la historia.

El fracaso se supera mediante el tercer nivel del compromiso y del testimonio, donde no se acepta la realidad como es sino como encendida de valores, donde la verdad sea lo que uno se juega para que sea verdad, poniendo toda su vida y existencia de por medio.

El nivel 3 es en sí mismo el “proyecto”, originante de la construcción de una sobrerealidad. Es más que información o inteligencia y que vida o impulso. Ser persona y donación no es indiferenciarse sino perfilar mayor singularidad, donde uno sólo tiene lo que da, y es sólo lo que da. El punto culminante y extremo del enfoque igualador universal, destructor de lo singular, lo encuentra –al parecer– la ciencia y la técnica de los países centrales en la clonación: el hombre como fotocopia multiplicable al infinito en la reproducción de individuos genéticamente idénticos. El sueño indiferenciador y entropizante cumplido. Las naciones serán a su vez fotocopias del imperio, aunque el imperio se reserva el derecho de admisión a ser fotocopia.

Antes se hizo referencia a una posible tarea que la psicología nacional efectuaría a partir del grotesco donde encontraría los modos de manifestación de la entropía argentina de los últimos cien años.

Ahora –en relación con el nivel 2– insinuamos que la pedagogía (y el sistema escolar), la Constitución Nacional y las leyes (el ordenamiento legal, aún sin justicia) y la actividad política partidaria contractual y platatómica pueden verse como el intento neguentrópico de aquella situación. Buscan clarificar, racionalizar, limitar y sobre todo encauzar la entropía anterior, la desorganización.

No en vano algunos han asimilado la tarea escolar con una tarea policial de tipo preventivo. Quizá fue en EE.UU. donde Sarmiento percibió que la escuela obligatoria operaba como un modo de control del temido presunto desorden que iban a aportar los inmigrantes. La alternativa, ante la posible entropía, sería: escuela o cárcel.

Sarmiento, Alberdi, Roca (el organizador por antonomasia) intentan la neguentropía argentina, superar la desorganización. El Estado –privilegiado por el P.'80– es imaginado como un depósito de racionalidad. Esa racionalidad estatal y burocrática terminará fijista, inmovilizante y conservadora.

Hoy recorre el mundo occidental un viento epocal que se alza contra el Estado omnipotente y burocrático al que acusa –no sin pruebas– de perverso. (La Argentina de hoy –peronista o no– enfrenta el dar una respuesta que no caiga en un fácil reaccionarismo presuntamente “liberal” y simplemente “conservador” tampoco pertinente con la sensibilidad epocal).

¿Cómo supera la realidad argentina el nivel 2? ¿Dónde puede ir más allá de la neguentropía? El país, atrapado entre el nivel 1 y el 2, anda requiriendo un nivel purificador y axiológico que permita seguir más adelante (ley de la continuidad).

La actividad política centrada en el nivel 1 se manifiesta como afán de dominio, imposición del capricho, triunfo del poder arbitrario. Antes que política es mezquindad, narcisismo y espontaneísmo.

La actividad política centrada en el nivel 2 es acuerdo racional, negociación realista, posibilismo, concertación de intereses y también justificación del statu quo, legalización de lo existente.

Si aquél es mezquindad y capricho, éste puede devenir trampa sin salida. ¿Cómo imaginar la actividad política centrada en el nivel 3?

5. La hipertropía

Para superar el atrancarse conservador de la razón se postula una neguentropía superior, una supertropía, una forma superior de vida-continuidad, suerte de sobrevida y sobreconciencia. Esa forma reviste diversos nombres: espíritu, entrega, nosotros, divinización, el hombre nuevo, nirvana, donación, cristificación.

La donación –hipótesis– supera a la vida y a la razón. La entrega o darse permite a la vida sobrevivir en nuevo nivel. Decir que la resurrección supera a la vida, no es más que una obviedad

Toda conducta de entrega –negadora del egocentrismo y la racionalización– se constituye en un código (conjunto de señales) de lo que ha de permanecer; que permanece en los frutos (no en sí misma), que el código cifra. De modo inverso a como los actos de egocentrismo se disuelven entrópicamente en las tinieblas o el fuego que destruye. La hipertropía supera el conservatismo de la razón por la voluntad buena. Sólo la voluntad es buena y más aún cuando cede, cuando toma como su objeto el querer de otra voluntad. Los actos de entrega realizados por una libre voluntad que se entrega a valores y al otro (y al Otro) se constituyen primero en código, luego reventados en fruto definen la esencia singular de (ese) hombre, le construyen su esencia y llevan adelante la evolución (o creación). Superan la entropía (egoísmo y muerte) y luego la fracasada neguentropía de la realidad y la razón indiferenciantes. Los actos de entrega son inmortales. Los hombres son inmortales en sus entregas. Todo acto de amor permanece para siempre. ("No le niegues tu pedazo de candor que es lindo creerle al amor. Bueno y nada más, que siendo bueno no hay odio ni injusticia ni veneno que haga mal". C. Castillo-E. S. Discépolo: Mensaje). Permanece invulnerable.

La trama de los actos de entrega de todos configura una sobrehumanidad. La resurrección, supertrópica, se estructura en una nueva forma que no es la forma de la vida orgánica. No se resucita vida sino sobrevida o inmortalidad. La

semilla (código genético) se entierra y muere (duerme), se pudre pero mantiene su mensaje, y resucita como trigo o naranjo; nunca resucita como semilla.

La reencarnación o el revivir (de Lázaro) es volver al cuerpo, es regresar a ser semilla. La resurrección (despliegue de la semilla) es cualitativamente diferente. La muerte en este caso es apenas la lectura del código.

El hombre venía siendo cuerpo y alma. Al surgir en él la libertad, se hizo espíritu y enfrentó elegir entre su egocentrismo y su entrega (el conflicto moral; la segunda muerte). El mundo venía evolucionando mecánica y luego dialécticamente antes de esa libertad. La evolución tenía una línea definida. Al llegar el momento de esa libertad del hombre, Dios cedió su voluntad, resignó su derecho a fijar la dirección; desde entonces el hombre co-crea y el destino de la evolución ha quedado en sus manos, ahora conociendo la ley de esa evolución.

En la Argentina el ensayo de la donación es la comunidad organizada. El intento de la justicia social fue hipertrópico: el individuo se pospone y prefiere al otro, al que no puede, al que necesita. En el nivel 1 quien más puede más domina, en su reverso, el nivel 3, quien menos puede es privilegiado.

Igualmente la integración latinoamericana (entendida como la unión con el postergado y sometido) es la versión continental de la justicia social; otro ensayo justificado por el nivel 3. Entregarse (darse) para integrarse.

La política centrada en el nivel 3 consiste en ponerse al servicio de los demás sin esperar recompensa ni reconocimiento ni beneficio ni razón.

En el tercer nivel no se muere nunca, porque es el dominio de la inmortalidad.

(Si se observa bien, este análisis triádico es una reflexión sobre la Trinidad).

Finalizando. Al principio se abrían dos caminos: el de la identidad universalizante (que al parecer eligieron los griegos y luego el pensamiento europeo hasta nuestros días) y el de la multiplicidad originaria (que parece hallarse en el pensamiento oriental). América Latina se ve embretada a destruir su singularidad y su diferencia para asemejarse a la identidad universalizante; un agotador esfuerzo para ser entropía. El nivel 3 habrá de ser el de máxima singularidad y diferenciación. La entrega de sí que convierte en persona es una nueva gestalt para superar la tendencia a la desorganización que tampoco la razón pudo superar más que momentáneamente. ¿Será la persona el término final?

El egoísmo iguala toda diferencia consigo mismo, de hecho no las tolera. El punto omega (Dios), el término final (entendido no como finalización sino como dirección) se presume como supremo desentropizador y personalizador. La persona debiera por tanto ser antientrópica aunque paradójicamente su esencia consiste en despojarse de sí misma.

6. Regreso a la Argentina

En la realidad argentina de los '80 coexisten la disolución entrópica del nivel 1, (desorganización, descontrol) a lo que se suma el quietismo, la conservación, la compensación improductiva del nivel 2. En la Argentina siempre se vive empatando: no hay desequilibrio hacia adelante. Llevar la vida-continuidad más adelante exige un salto cualitativo a un tercer estadio, que es el de la donación, que como se dijo, sostiene por debajo tanto la idea de "comunidad organizada" (como una armonía entre necesidades y entregas) como la de la "integración latinoamericana" porque nadie se salva ni se realiza si el otro no se salva ni se realiza. El "proyecto" es lo propio del nivel 3, mientras que el libreto o argumento del "primero yo" (como plan no intencionadamente elegido) es del nivel 1, y el plan de desarrollo junto con las metas realistas son del nivel 2. En la Argentina de hoy no parecen funcionar bien ninguno de estos últimos dos, se neutralizan. ¿Es posible saltar al tercer nivel?

Hay terapias que curan desde el tercero (logoterapia, nostrismo) y que desde ahí recomponen el deterioro de los otros.

¿Es posible saltar al tercer nivel?

Sólo el proyecto (historia de una voluntad) organiza y vitaliza; en verdad *resucita* que es nacer a una vida de cualidad diferente.